

martes 14 de septiembre de 2004

ABC.ES - EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

DONDE HABITA EL EXILIO

por FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR. Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad de Deusto/

DE modo que es así como se regresa del olvido... Las imágenes del pasado se iluminan, las fotografías se mueven y cobran vida, el murmullo de la radio o de lo que fue una radio acompaña el recuerdo de aquellos años: la ciudad en blanco y negro, la gente agitando las banderitas al paso de los carros de combate, la Marsellesa... De modo que se regresa como el pasado viernes regresaron los restos mortales de tres soldados austrohúngaros de la I Guerra Mundial. Al cabo de más de ocho decenios emergen del hielo de los Alpes un montoncillo de huesos limados, uniformes y tres pares de botas con clavos . Al cabo de más de medio siglo emerge de las calles de París una placa y unas palabras amigas: «A los republicanos españoles, principal componente de la columna Dronne».

Los engañaron y luego los olvidaron, se dijo no hace mucho cuando al conmemorarse el 60 aniversario del desembarco de Normandía todos los periódicos hablaban de los jóvenes norteamericanos que habían abandonado su país para morir a miles de kilómetros de sus familias; cuando en todos los periódicos se recordaba el heroico idealismo de aquellos muchachos que defendieron la libertad estrangulada por Hitler; cuando nadie, salvo algún que otro articulista de este lado de los Pirineos, recordaba por escrito la odisea de aquellos otros jóvenes que murieron en las playas de Francia y en las carreteras y los pueblos y las ciudades de toda Europa, luchando también - aunque no todos - para que el aire fuera más libre y los hombres más libres... aquellos jóvenes españoles que murieron lejos de su país, de su memoria. Historia nuestra que no conocimos, que apenas conocimos.

Los traicionaron, se escribe ahora, se ha escrito mucho estos días con ocasión del sencillo homenaje recibido en París. Vieja palabra: traición. Tiene oculta la forma de un puñal. Los traicionaron, se dice, porque una vez acabada la Segunda Guerra Mundial anhelaban que jóvenes dioses armados como los que habían llegado del otro lado del Atlántico y liberado Francia desembarcaran en las playas de España para acabar con el último dictador fascista -¿el último?-. No desembarcaron. Llegada la hora de la victoria a nadie le interesó liberar un país perdido en el sur de Europa. Sería la paz, pero una paz carcomida de amnesia. Llena de naufragios. Todo se hizo antiguo de repente: las palabras, los barcos, los falsos dioses evaporados antes de emprender la batalla...

Los abandonaron, me digo yo también, y pienso inmediatamente en las palabras del narrador de Crónica del Alba, el oficial republicano José Garcés, a quien los senegaleses de Pétain trataron a culatazos en uno de aquellos campos de concentración de la Francia de 1939: «Es inútil. No quiero arrastrar la vida por ahí. Si algo ¿sabes lo que seré? En el mejor de los casos, un héroe engañado. Nos ha engañado todo el mundo».

Los abandonaron, sí, pero no fueron los únicos. La memoria de nuestros duelos nos impide a menudo percibir el sufrimiento de los ajenos . En aquellos años de posguerra doblaron otras campanas, campanas que nadie, en la Conferencia de Yalta, se preguntó por quien doblaban, que durante mucho tiempo se acallaron con canciones y poemas a la paz, la justicia, la fraternidad, el mañana mejor, que todavía se acallan y, si se escuchan, se escuchan en el secreto del alma. Millones de campanas que son como sombras pasando a través de sombras, como millones de seres convertidos en palabras no escritas que nadie, en mucho tiempo, quiso hallar.

Estoy hablando de Europa, de la Europa liberada por el glosado ejército rojo, la Europa donde el sistema soviético sucedió al Reich. Estoy hablando del Este, de la Europa abandonada a Stalin tras los compadrecos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Inevitablemente el papel se llena de frío, de alambradas. Inevitablemente vienen al papel los compañeros de juventud de aquellos soldados republicanos que llegaron al paraíso socialista del padrecito Stalin llenos de esperanza y desaparecieron sin dejar rastro; vienen los trenes de ganado que siguieron cruzando media Europa después de 1945; vienen los soldados rusos que fueron hechos prisioneros por los nazis y a quienes al regresar a la URSS les esperaban interrogatorios y represalias - ¿Por qué os rendisteis? ¿Cómo habéis sobrevivido? ¿Qué visteis allí? ¿Cómo huisteis del campo de prisioneros?- y al final Siberia, el gulag; vienen las palabras que al escritor Pedrag Matevejić le dijo en Odesa un viejo amigo sobre su experiencia personal en los campos de Stalin -«Nuestros verdaderos pasos se habían quedado en el lugar del que partimos. El que regresa anda de otro modo. Si no sabes por qué vas, no sabes por qué regresas. Puede estar orgulloso de su tío, no volvió»-; ... vienen los millones de personas que el río de las ideologías totalitarias iba a seguir arrastrando y sumergiendo aún sin contar ya con la fuerza de Hitler ni con la de Mussolini.

También a ellos, los náufragos de esa Europa atrapada al Este del muro de Berlín, se les dejó a un lado de la historia. También ellos - millones de pequeñas historias individuales- fueron sepultados. El final de la guerra no trajo la libertad a Varsovia, Berlín, Praga, Budapest, Bucarest, Sofía... aunque también hubo polacos, alemanes, checos, húngaros, rumanos... que combatieron a los nazis y lucharon en medio mundo contra el fascismo. En esta triste y desolada Europa el derrumbamiento del Reich significó solamente el cambio de una noche por otra, de los verdugos de Hitler por los de Stalin . En el momento en el que en los cafés parisinos las almas nobles saludaban con un canto radiante la emancipación del yugo nazi el mismo cigarrillo encendido cambiaba simplemente de mano y continuaba quemando la piel humana.

Se les abandonó a Stalin y a sus terribles verdugos, y además, mientras muchos eran perseguidos, encarcelados, desterrados o fusilados, desde la otra Europa, desde la Europa del otro lado del muro de Berlín, desde la libertad de poder defender lo que se piensa y protestar contra la injusticia, un sinfín de intelectuales, escritores y gentes de izquierda les decían que su desgracia estaba bien, que la justicia en un mundo silencioso no destruye la palabra , ni niega la rebelión. Les decían que la pesadilla que estaban viviendo era en realidad un sueño, que el terror impuesto por los zares del partido y las ejecuciones y el escalofrío de los pasos en la madrugada eran también el paraíso, el paraíso había estado y estaba incluso en las estepas heladas de Siberia, donde el lenguaje de los presos era tan pobre como las emociones que se vivían cerca de los huesos. Donde el diccionario de los hombres, según un escritor superviviente del gulag, se reducía a «ciudadano, jefe, puedo hablar, pala, trinchera, sí señor, instrucción, pico, hace frío fuera, lluvia, caldo frío, caldo caliente, pan, ración, déjame la colilla....»

Siempre en la historia del comunismo fue así: el verdugo matando, el poeta cantando. Alguien sugirió en cierta ocasión que con los poemas dedicados a Stalin, Castro, Mao y Ho Chi Min podría prepararse un pequeño y curioso volumen con ilustraciones de Hitler. La idolatría del futuro fomentó una fusión catastrófica, la de la violencia y la razón. La ideología de Hitler era sucia, la de Lenin parecía limpia, lo era -lo es- mientras uno estuviera lo suficientemente ciego y sordo para no ver, para no oír, mientras uno se limitara a levantar el puño, escribir unos cuantos versos, protestar ante las embajadas de Estados Unidos y hacer turismo revolucionario. El hermoso sueño del paraíso alejó la idea de justicia de la verdad de la vida. La realidad, para los miles, para los cientos de miles de personas que entonaban las canciones que conducían al gulag, fue aplazada. Las víctimas, abandonadas a sus verdugos.

Queda, sin embargo, la memoria. El hielo impide que los cadáveres se pudran. Los relatos de Solzhenitsyn, de Shalamov, de Stajner, de Grossman... conservan los recuerdos. Tal vez, después de todo, esa sea la única utopía que haya sobrevivido al siglo XX: la utopía de no ceder a la costumbre del olvido, la utopía de remontar la corriente de la historia y rescatar del hielo las existencias naufragadas,

los millones de personas que perecieron a lo largo del siglo pasado, la utopía de enfrentar las esperanzas con la realidad, los mitos con la verdad, nuestros lutos con los ajenos. Tal vez, de ese modo, podamos decir con Chateaubriand: «En vano prospera Nerón porque Tácito ya ha nacido en el Imperio».